

Semblanza de Manuel Sanguily sobre Heredia

Alrededor de Heredia

Muy grata y aun consoladora ha sido para mí, estando en cama, enfermo y como es consiguiente, desanimado y displicente, la entretenida lectura del artículo publicado el lunes en la Lucha, en que muestra V. sus gallardías y abundante saber, moviéndose a sus anchas, como Pedro por su casa, Alrededor de Heredia; bien que me contrarió y puso malhumorado que no diera V. mayor extensión todavía a sus donosas divagaciones, para mi aprovechamiento y solaz.

Y aun cuando tenga que lastimar su modestia y hacer a su desinterés agravio, me es de tanta complacencia como necesidad, darle a V. las gracias más rendidas por la noble y generosa defensa que se ha servido hacerme contra el error o la mala voluntad de los que en busca de V. fueron a pedirle, no ya una “vindicación”, que eso sí me lo explicaría, sino una “reivindicación” de lo que ellos creen “una imperdonable ofensa al más grande de los genios cubanos”,-lo que le da a V. pié para decirles mondo y lirondo a los “jóvenes poetas” quejosos y a pesar de lo que supusieron “una profanación” de mi parte, que-vuelto a leer mi “sugestionador artículo”-nada encontró V. que replicarme; por lo que, sin duda, aprovechó la ocasión que tan propicia se le presentaba a las tantas veces probada amistad con que V. tan cariñosamente me ha distinguido y honrado, para protestar de que ningún lector cubano se crea con razón ni derecho de hallar en todo lo que sale de mi mal cortada pluma “una doble intención, una idea de derriere la te, una “ironía que dice muchas cosas”...porque V. cree, como yo, que, muy al contrario, soy ingenuo, sincero y muy franco, a extremo de no vacilar cuando se necesita llamar gato a un gato: aun cuando me abstenga siempre de ofender á nadie, y cuide de evitar las palabras duras o amargas y de no escribir nunca las groseras; por que me lo vedaría la buena crianza y el respeto al peregrino que son para mí reglas inviolables de civilidad y de estética: lamentando, por supuesto, mi poquedad de carácter que me impide tener por lema lo que dijo “aquel gran trovador de las plateras”:

Si quieres gozar lo que goza

Y lo que el sabio aconseja,

Llamarás moza a la vieja.

Carrilla y niña a la moza.

Y como sé que V. profesa también este mismo credo, me ha parecido que solo por delicado asteísmo dice V. una vez que soy “crítico despiadado”, y otra vez nada más , que soy “el

mas frío y amargo de los cinceladores de coronas de espinas”; y la prueba salta a la vista desde que nos fijemos en que V., como siempre botarate de comparaciones y pródigo de Zirigañas, me llama como la cosa mas natural del mundo, “nuestro Brunetiere”, lo que después de todo revela solo la gracia desdeñosa y despreocupada con que V. derrama mientras escribe burlas que parecen grandes elogios que parecen grandes burlas, sin que sean ni lo uno ni lo otro, sino simple e inocente manera de producir siguiendo la ley del menor esfuerzo, y por el convencimiento que abriga de que antes acarician que lastiman
Si tienen puntas de oro las saetas

Lo que sí no pone V. muy en claro es que no haya temido yo absoluto derecho, no de dar zarpazos a mármoles ni a carnes; sino de juzgar como cada quisque, como V. mismo lo hace a diario sin consulta y sin reparo, a vivos y a muertos, con tal que proceda honrada y seriamente, y no por caser, ni a nadie le esta permitido; mas sí por amor a la verdad y por respeto de uno mismo.

No conjeturo quienes pueden haber sido esos jóvenes poetas que fueron quejosas a V. “como a un pozo rodeado “su borde de canales siempre ofrecidos alas aguas de la “aclamación”, -y quienes, desde luego, siendo poetas, harían mal como prohijaran ese símil de tan extraña ingeniería. De los que yo conozco personalmente o por sus publicaciones y mucho aprecio, no se de un solo que no se baste para exponer y defender, llegando el caso, sus ideas. Algunos de ellos escriben mejor que pudiera yo hacerlo, y casi tan bien como a V.; ni como podía serles indispensables para aquietar el animo que V. les asegurara que no habían tenido razón ni motivos de alarmarse hasta la extremidad de producir el ruido de grande clamoreo?

Debió V. decirles, sobre todo, que de haber hecho critica severa de Heredia-no hubiera sido yo el primero, y que no ha pasado tanto tiempo desde que con inquinas no disimulada ejerció el Señor Menéndez Pelayo sus indudables derechos, sin que ni los jóvenes poetas, ni por la autorizada superintendencia sobre nuestro patriotismo literario de que ellos le han investido a V. No me parece mal que la ejerza V. con celo y vigilancia. El patriotismo cabe en todo, y sirve para todo, cuando todo sirva a él; pero me atrevo a no encontrar prudente y legítimo que en su nombre se amordace el pensamiento y se anule a la crítica, cuando, en definitiva, ni el patriotismo se prueba abdicando la dignidad del espíritu, ni se la lleva como una marca en medio de la frente; ni aun siquiera esta tan a menudo en el corazón como asoma a los labios; a impulsos de interés mentiroso y astuto, y porque-iendo al fondo de las cosas, -quien en nombre del patriotismo (que nadie exclusivamente puede representar y menos personificar)coloca por encima de la critica un concepto o una

personalidad, lo que hace no es más que supeditar a su propia crítica, la crítica ajena, estatuir para sí el privilegio de exclusivo y tiránico dogmatismo, que consagra y perpetua la ignorancia y el error. Es imposible aplicar a la literatura y a la política sin graves consecuencias, esa especie de misoneísmo. Todo se puede, se debe investigar y quilatar-ideas, creencias, el genio mismo-y a quien lo hace no merece por cierto censuras y mucho menos vilipendio. En nombre de que, de quien, con que derecho y autoridad? Más Amor y respeto caben en quien se acerca al ídolo para cerciorarse de su legitimidad, en quien se acerca Dios para penetrar en sus atributos,-que en los que aceptan sin discriminación la tiranía de las reputaciones o ciegos adoran comúnmente a falsas divinidades. El mismo san Pablo recomendaba esta conducta con aquellas palabras suyas tan repetidas: *ratinabilis sit obsequium vestrum*.

Por lo demás no creer haber cincelado coronas de espinas para nadie .Al contrario: dos discursos tengo pronunciado sobre el mismo Heredia, desde un punto de vista que de seguro no es del mismo Heredia, desde un punto de vista que de seguro no es el mismo desde hoy le contemplo y reverencio; y recuerdo que con motivo de un bosquejo mío sobre “Oradores de Cuba”, el malogrado e inolvidable e inolvidable Manuel de La Cruz me censuraba porque —según decía— para mí eran oradores todos los que aquí ha hablado desde una tribuna; acaso porque no tubo en cuenta, que, como Píndaro, tenía yo entonces por muy dulce tejer coronas, y ojala todavía pudiera preparar para cada cubano una semejante a la que el lirico de Tebas anunciaba a Sógenes en que brillasen el oro y el blanco marfil junto a esa flor del mar, el rojo coral que nace de la espuma de las olas.

Con uno solo he sido, no puedo decir que injusto, sino violento; y, sin que modifique mi juicio en nada substancial, corregiré en su día la rápida y aun no revisada improvisación que traiciono innecesariamente la piadosa conmiseración.

Multimedia Heredia

© 2010 Ediciones Cubarte. Todos los derechos reservados.